

BIBLIOTECIA

John O’Kuinghtons

Dice Umberto Eco que la biblioclastia irrumpe de tres formas: el fundamentalismo religioso, la incuria y la codicia monetaria. Paul Valéry ha sostenido que los libros tienen los mismos enemigos que los hombres: el fuego, la humedad, los animales, el tiempo y el propio contenido.

Uno de los cuidados que mayormente debiera agradecer la humanidad es el que se consagra a los libros. La memoria de los hombres buscó y encontró en la escritura el recurso inmejorable para resguardarse de las fragilidades del comercio oral. Las formas escritas se asociaron a diferentes materiales como tablas, madera o piedra hasta que desembocaron en el papel. El texto desplegado, el texto explícito, perduró y luego convivió con el modelo que nos es familiar hoy y que hemos convenido en llamar libro. El anhelo de preservar este objeto derivó en la invención de la biblioteca y al mismo tiempo generó la pasión que conocemos con el nombre de bibliofilia.

Richard de Bury, también llamado Richard Aungerville que fue obispo de Durham, tutor de Eduardo de Windsor y luego canciller y tesorero de Inglaterra, recuerda con palabras de Jerónimo, forjador de la Vulgata, que no es posible apreciar a un tiempo el oro y los libros (2007, 113) dictado que es

variante de una aserción contenida en Mateo 6:24 y que reza: “No se puede servir a Dios y a Mamom, que es el dinero”. Luego invocará a Séneca, quien sostiene que la vida del hombre es su trato con las letras y los libros (ibíd., 118).

En otro orden, debemos a Harún al-Rashid la edificación del Bayt al-Hikma, la casa del saber, y a Constantino I la construcción de la ciudad que porta su nombre y de bibliotecas en Roma. Idénticos afanes favorecieron la subsistencia del Libro de Kells y los manuscritos encadenados de la catedral de Hereford. Pero como no hay concepto, acto o virtud que no tenga su opuesto, el amor a los libros tiene sus antípodas en su destrucción.

Dice Umberto Eco (2011) que la biblioclastia irrumpe de tres formas: el fundamentalismo religioso, la incuria y la codicia monetaria. Paul Valéry ha sostenido que los libros tienen los mismos enemigos que los hombres: el fuego, la humedad, los animales, el tiempo y el propio contenido. En uno

de sus cuentos, Sartre jugó a ser Valerio Máximo, que denunció al hombre que aniquiló el templo de Diana, al que más tarde Teopompo perpetuó con el nombre de Eróstrato. Sabemos que Eróstrato no siguió los móviles que trajeron fama al califa Omar y que, atormentado por la evidencia de que la posteridad lo olvidaría, recurrió a la iconoclasia para granjearse un espacio en la memoria humana. Sabemos también que pese a los intentos por anular su designio, las sílabas de su nombre no sólo han vencido al tiempo sino que se han convertido en epítome del anhelo de supervivencia.

Al toparse con los tesoros de la biblioteca de Alejandría, Omar procedió con ínfula digna de los dioses y condenó para siempre la magnífica instalación con una frase que no admite interpretaciones: “Si el contenido [de los textos] va de acuerdo con el libro de Alá, podemos vivir sin ellos, porque el libro de Alá es más que suficiente. Si contienen ideas que no están de acuerdo con el libro de Alá, no hay por qué preservarlos. Vayan y destrúyanlos”. Según Ibn al-Kifti, la incineración de los papiros (ardid ambiciosamente prologado por Shih Huang Ti en el extremo Oriente) tardó seis meses en consumarse. Otras fuentes atribuyen la perpetración de esa biblioteca a personalidades tan diversas como Ptolomeo VIII, Julio César, Aureliano o el arzobispo Teófilo.

Al irrefutable repertorio de Eco que he citado me atrevo a incluir una cuarta disposición, en la que concurren en distintos grados las variables de su triada. Para explicarlo me valdré del ejemplo que legó a la memoria humana Augusto Pinochet Ugarte.

El examen de las intenciones y los procedimientos políticos del nada desconocido general, y que hoy por hoy están perfectamente documentados, dificulta, cuando

no anula, los asomos de una apología. Sabedores de ello, sus adherentes se han esmerado en otorgar legitimidad a sus incursiones gubernamentales porque en su fuero interno no ignoran que el militar patrocinó una aberración política. Quiero revisar el menos conocido de los muchos epítetos que le caben al caudillo del golpe de 1973.

Aun cuando se quiera demostrar lo contrario, Pinochet fue un hombre incapacitado para el diálogo y la reflexión. Los registros coinciden en situarlo como un hombre receloso, lacónico, ladino y oportunista. La felonía, el homicidio, el expolio, la mentira y el desprecio por la cultura son variaciones inmediatas y reconocibles de ese cuarteto de adjetivos. Desde que usurpó el poder ejecutó lo que ningún tirano puede dejar de oficiar: difundir la ignorancia, y estimuló aquello a lo que todo censor incita: a buscar lo que se esconde. Ávidos de prebendas, sus adeptos se atarearon en la forja de galimatías que buscaban exculparlo y amansaron sus conciencias con la célebre consigna de Maquiavelo. Entonces se aliaron a la mitología y se impusieron la gestación de un héroe, a sabiendas de que para hacerlo tendrían que mitigar, e incluso abolir, la totalidad de sus múltiples miserias humanas. Cuando vieron que el heroísmo dejaba ver las fracturas de su personalidad, se obligaron a forjar su hagiografía, algo que al retratado no pareció incomodarle, pues para demostrar su ubicuidad y diligencia, el caudillo aseveró que en la prolongada geografía de su poder no se movía una sola hoja sin que él lo supiera. Debíó ignorar que con esta sonora aseveración jugaba con la gracia de Alá o de cualquier otro dios. En el versículo 59 de la sexta azora musulmana (*al-ana*) se explicita que: “Él tiene las llaves de lo desconocido, no las conoce nadie más que Él; sabe

La biblioteca de Pinochet era fastuosa. La integraban unos cincuenta y cinco mil volúmenes, entre los que atesoraba parte de la biblioteca de Balmaceda, una carta original de O’Higgins, ediciones prínceps como la *Histórica Relación del Reyno de Chile, La Araucana* y ensayos publicados en el siglo XVIII.

lo que está en la tierra y en el mar, y no cae una hoja sin que lo sepa; no hay un grano en las tinieblas de la tierra, ni una brizna, sea verde o seca, que no estén registrados en un Libro explícito”.

Y en la forzosa ecuación de sus atributos impuestos, sus patrocinadores recordaron los ecos de su obra escrita, aun obviando el hecho central que la descalifica: la evidencia del plagio. Cabe, pues, sospechar que la obra impresa tan convocada por los apologistas no ha sido debidamente leída.

La biblioteca de Pinochet era fastuosa. La integraban unos cincuenta y cinco mil volúmenes, entre los que atesoraba parte de la biblioteca de Balmaceda, una carta original de O’Higgins, ediciones prínceps como la *Histórica Relación del Reyno de Chile, La Araucana* y ensayos publicados en el siglo XVIII, todos rubricados por el *ex libris* que la Casa de Moneda le fabricó. Los frondosos anaqueles, empero, no crearon a un lector.

Las exhibiciones públicas, los comentarios de subalternos y el testimonio de íntimos y allegados coinciden en que la formación del general era más bien rasa. Los

múltiples registros que afortunadamente se preservaron para impedir la sospecha de comentarios tendenciosos delatan a un hombre de parcos encumbramientos lógicos. Su oceánico acervo no edificó un investigador porque el general no fue un bibliófilo sino un bibliómano consumado. D’Alembert (1984) entendió que el amor por los libros es una pasión ridícula cuando no está gobernada por la filosofía o por un espíritu esclarecido. Para Eco el frenesí coleccionista se agota cuando se cierra un círculo de ejemplares. Mientras el bibliófilo comparte, el bibliómano acapara. A diferencia de Petrarca, Pinochet no debió presentir en el libro a un amigo, sino a un contendiente, y sin reconocerlo emuló las pírricas estrategias de Goebbels para desplazar al enemigo, que tanto necesitó para justificarse.

Los razonamientos del general estuvieron en consonancia con la conocida admonición de Heinrich Heine –“Dort, wo man Bücher verbrennt, verbrennt man am Ende auch Menschen” (“Ahí donde se queman libros acaban quemándose también seres humanos”)–, que acabaría cumpliéndose bajo el dominio nazi, y recrearon con siglos de distancia la temerosa ingenuidad de expurgación que gobierna el capítulo VI de la primera parte del *Quijote*. Como los plácidos vecinos del hidalgo, intuía que el libro podría ejercer un poder que a él mismo se le había negado, y para medir el alcance de su capacidad y enrostrarle a sus esquivos lectores la verdadera estatura de sus capacidades, se arriesgó a componer. El índice de su obra escrita está formado por los siguientes títulos: *Síntesis geográfica de Chile, Argentina, Bolivia y Perú, Geografía militar, Geopolítica, Ensayo de un estudio preliminar de una geopolítica de Chile, La Guerra del Pacífico, Campaña de Tarapacá, El Día Decisivo, Política, politiquería*

y demagogia, *Transición y consolidación democrática 1984-1989, 1989, Camino recorrido, memorias de un soldado*.

Pinochet debió anhelar una fama que no procediera del facilismo de las armas. Ignoro quiénes lo asesoraron en la redacción y edición de sus volúmenes, pero no que en la confección de sus artilugios estuvo dominado por la premisa elemental de que nadie en el país podía hacerle mella.

Pablo Azócar (1999) ha alertado sobre la activa solidaridad que tuvo el general con textos ajenos en la gestación de su *Geopolítica*. Conocida esta singularidad, un lector atento no podrá leer ninguna de sus páginas sin el recelo continuo de toparse con simetrías y remisiones intertextuales de diversa extensión.

Veamos un ejemplo. En 1950 el coronel Gregorio Rodríguez impartió una conferencia que años más tarde habría de ser sigilosamente convocada en páginas firmadas por el futuro golpista. Reproduzco las citas suministradas por Azócar (ibíd.). Ver tabla.

El hombre medieval, recuerda Eco (2010), desconocía la idea de plagio. En un mundo de manuscritos ocasionales y de ardua factura, la única forma de divulgar las ideas era mediante su réplica minuciosa. Asimismo, y a diferencia del pensamiento romántico, se juzgaba que la originalidad, lejos de ser un mérito, era una variación del orgullo y aun de la soberbia. La noción de autor de la que hoy participamos es muy posterior. El *ars* y su consecuencia bajo la forma de acto (auto) desliza la idea de que el artista es quien hace o fabrica. Aun cuando el gestor de *Geopolítica* no era un hombre del medioevo, gustaba de sus hábitos. Buscó desasirse de Gregorio Rodríguez, su hipotético mentor, aventurándose en un procedimiento pueril que se limitaba a diluir la fuente preliminar modifi-

GREGORIO RODRÍGUEZ	AUGUSTO PINOCHET
<p>Para algunos la geopolítica no es más que una falsa ciencia ideada por los conductores de una determinada potencia con el objeto de justificar una política expansionista y sus ansias de dominación mundial. Esto, si bien pudo constituir en determinado momento la finalidad de un grupo de gobernantes de ese país y de los pensadores que lo asesoraban, la verdad es que al ampliarse sus horizontes, al convertirse en un cuerpo de doctrinas bien cimentadas, ella superó por sí sola tan menguados propósitos y hoy la geopolítica ha pasado a ser una ciencia cuyo cultivo resulta indispensable para el estadista y muy conveniente al militar de cualquier rama de la defensa nacional.</p>	<p>Para muchos la Geopolítica no es más que una falsa ciencia desarrollada por los alemanes con el fin de justificar su política imperialista y sus ansias de dominio mundial; finalidad que, si bien pudo constituir el objetivo de un determinado grupo de pensadores, la verdad es que al convertirse en un cuerpo de doctrinas bien cimentadas, superó por sí sola tan menguados propósitos. Hoy ningún Estado que quiera construir su porvenir sobre sólidas bases puede prescindir de la Geopolítica.</p>
<p>La URSS posee gran extensión territorial, pero carece de costas en los mares calientes. La influencia mundial no puede lograrla a través de los mares y su desarrollo económico aún retrasado en relación con las potencias occidentales, no le permite competir en los mercados, pero busca salvar estas diferencias en el campo ideológico.</p>	<p>La URSS posee una gran extensión territorial, pero carece de costa en los mares calientes. La influencia mundial no puede lograrla y su desarrollo económico aún retrasado en relación con las potencias occidentales no le permite competir en los mercados. Busca salvar esta deficiencia geográfica actuando en el campo ideológico.</p>
<p>El Vaticano, como todo Estado bien organizado y con definida orientación, marcha en conformidad a cierta doctrina geopolítica. La Iglesia Católica, que junto con perder el poder temporal había ido perdiendo mucho de su influencia espiritual, aspira hoy a recuperar esta última, y el resurgimiento social-cristiano le ofrece promisorias expectativas. Hay, pues, como se ve, marcada semejanza entre la Escuela Soviética y la del Vaticano.</p>	<p>El Vaticano, como todo Estado bien organizado y con una definida orientación, marcha conforme a una cierta doctrina geopolítica. La Iglesia Católica, que junto con perder el poder temporal, ha venido perdiendo mucho de su influencia espiritual, que hoy aspira recuperar con el resurgimiento social cristiano activado en el mundo y que le ofrece promisorias expectativas. Hay marcada semejanza entre la Escuela Soviética y la del Vaticano.</p>

cando con poco rigor las evidencias de la sintaxis. Pensó que el orden de los términos empañaría por sí solo la fuente de su texto e ignoró que para fingir originalidad no basta con reemplazar una

oración subordinada o revertir los procedimientos de la parataxis. “La plétora de los libros nos está dejando ignorantes”, previó Voltaire. La plétora contenida en su biblioteca hizo que el general se



Hormigas

encastillara y le reforzó la ausencia de autocrítica que hacía mucho había extraviado.

Se ha dicho y escrito que Pinochet fue un estadista, pero tal apreciación es falsa porque el militar carecía de convicciones. Si las circunstancias lo hubieran permitido, el viejo censor habría sido un inquisitorial e incontestable paladín del comunismo. Fue fundamentalista porque incitó a la ignorancia; fue desprolijo porque se sabía impune; fue necio porque imaginó que nadie percibiría sus expolios. Pinochet cumple con las categorías listadas por Eco, pero añade una variación al catálogo de la biblioclastia: el hábito de usurpar materiales sin ocuparse de su reelaboración.

El dictador vio a obras y autores no como precursores de pensamientos que admirar y de los cuales nutrirse, sino como un vademécum de archivos que cabía expropiar. Para despreciar al investigador hay que estar convencido de la irrelevancia de los libros, pero al mismo tiempo, y he aquí el drama desnudo, de la irrelevancia de los seres humanos. **LPyH**

REFERENCIAS

- Anónimo. 1991. *El Corán*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Anónimo. 1994. *Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Alianza.
- Azócar, Pablo. 1999. *Pinochet, epitafio para un tirano*. Madrid: Popular.

- Bury, Richard de. 2007. *Philobiblon ou o amigo do livro*. Cotia: Ateliê.
- D'Alembert. 1984. *Discurso preliminar de la enciclopedia*. Madrid: Aguilar.
- Eco, Umberto. 2010. *Não contem com o fim do livro*. Sao Paulo: Record.
- . 2011. *A memoria vegetal*. Sao Paulo: Record.
- Lyons, Martyn. 2011. *Livro*. Sao Paulo: Senac.

• **John O'Kuinghttons** es traductor y doctor en Lengua y Literatura Españolas. Ha publicado *La blanca señora de mi barrio* (1997), *Sonetos del brezo* (2002), *Antología crítica de la literatura hispanoamericana* (2005), *La acentuación* (2005) y *El infierno tan temido* (2013).